

EL VENDEDOR DE RECUERDOS

Ángela entró al lugar algo desorientada y se quedó mirando al Vendedor de Recuerdos sin comprender por qué estaba allí.

- Buenos días. ¿Qué vino a buscar? – preguntó él, afectuosamente.
- No sé. No entiendo qué hago en este sitio. Sólo sé que me trajo mi nieto, me está esperando afuera. Me dijo que aquí iba a encontrar algo que me haría pasar mejor esto del encierro. Qué desastre, ¿verdad? Todo por ese japonés, o coreano, o chino que se comió el guiso de pajaritos.

El Vendedor de Recuerdos contuvo la risa.

- ¿No será la sopa de murciélago?
- Es posible.
- Creo que la puedo ayudar. ¿Por casualidad usted vino a comprar algún recuerdo?
- ¡Exacto! Qué amable. ¿Cómo lo supo?

El Vendedor de Recuerdos le señaló un enorme letrero que decía: “SE VENDEN RECUERDOS. NO SE OLVIDE DE PEDIR EL SUYO”.

- Es que a eso me dedico.
- Esto es una maravilla. Y dígame... ¿Cuántos recuerdos se pueden comprar? Tampoco sé que recuerdo quisiera llevarme. – dijo riendo. – Es que ando mal de la memoria...

- Tranquila. Acompáñeme.

El Vendedor de Recuerdos la llevó hasta una enorme biblioteca, tan grande como ella nunca había visto, o más bien, no recordaba haber visto.

- ¿Su nombre?
 - Espere. – y sacó una nota de su bolsillo. – Aquí dice Ángela Molina Solana.
- El Vendedor de Recuerdos buscó y buscó, entre los cientos de miles de millones de libros.

- Mmmm, ahá, aquí está.

Entonces tomó uno de los libros y se lo mostró.

- Esta es su vida. Aquí están todos sus recuerdos.

- ¿Todos? Es imposible... Yo nunca los escribí.
 - No, claro. Los escribió su memoria.
 - Pero ahora la perdí.
 - Por eso esta acá.
 - Menos mal que me lo aclara, pensé que había venido a comprar patatas.
 - No Ángela, usted vino a buscar un recuerdo. ¿Se siente triste y quiere recordar algo gracioso? ¿Extraña a alguien, un amor, quizás? ¿Quiere revivir el nacimiento de sus hijos? ¿Las travesuras de alguno de sus nietos? Aquí tengo todos y cada uno de sus recuerdos, así que sólo es cuestión de que usted me ayude un poquito, para saber cuál le vendo. Yo le hago una fotocopia y usted se lo lleva.
- Ángela quedó pensativa. Le costaba saber cuál era exactamente el recuerdo que había ido a buscar, en ese momento creía que sólo había ido hasta allí a retocarse el peinado. El Vendedor de Recuerdos lo resolvió como siempre. Sabía que nunca iba a hacerse rico, pero... Quién le quitaba la gloria de andar produciendo milagros.
- Hagamos una cosa. Yo se lo regalo. Ahora le doy el libro a su nieto, para que él o algún otro miembro de su familia pueda leerle el recuerdo que usted necesite, en cualquier momento.
 - ¿Y por qué no me lo cobra?
 - Porque de eso se tratan estos tiempos. De estar para el otro, de tender una mano, de ayudar, de tratar de ir encontrando la manera de superar esta pandemia hasta que regrese nuestra vida de antes. Nadie se salva solo.
 - ¿Y cuánto me saldría? – preguntó de nuevo Ángela.
 - Nada. Sólo le pido que no me olvide.
- Ángela sonrió hermosamente.
- ¡Por supuesto que no! ¡Cómo me voy a olvidar de usted, con el peinado tan lindo que me hizo!